

El tesoro de Juan Morales

ANTONIO ENRIQUE

Tengo a Antonio Hernández como uno de los mejores prosistas españoles actuales. Su estilo así lo consolida, toda vez que estamos ante un poeta cuya obra se ha hecho acreedora de los mayores reconocimientos. En su reciente novela 'El tesoro de Juan Morales' (Ed. Carpenoctem, 2016) el lenguaje es un auténtico regocijo. Solamente por esto, convendría su lectura. El estilo ahí es decisivo para seguir leyendo, pues autores hay que con sólo el placer de lo bien y cabalmente dicho compensan su lectura, fluida siempre en este caso, vibrante a fuerza de rítmica y cadenciosa. Se trata, así pues, de un despliegue en clave literaria mayor.

Con lo referido, pareciera que la trama es un aspecto secundario. Pero es que estilo y trama son indivisos en esta novela cuyo eje de gravedad argumental reposa en la fonda del pueblo, con sus personajes que entran y salen, aparecen y reaparecen en un trajín incasante. Personajes como el trío integrado por Cañorroto, el Mecano y Pedroencuero –cegato uno, manco otro, torticolis crónico el tercero–, el teniente Palomino, el tío Juan José, el cura don Matías, la abuela Nieves y

tantos otros conforman el cañamazo donde Antonio Hernández (Arcos de la Frontera, 1943) teje y desteje el mundo poético de su pueblo natal hacia los años 60, galería inolvidable de la que el abuelo José Medina, «hombre de refranes y brega con la vida», dueño de la fonda, ejerce de centro de las agujas de este fantástico reloj, imponiendo el tiempo y su compás. Pues ocurre que el contrahecho Juan Morales, hombre obstinado y de muy malas pulgas, tenía enterrado un tesoro en parte donde había de construirse la zona nueva del pueblo, y ahí todo un litigio, agravado por las intemperancias del hijo de éste, apodado Yonohesio. El abuelo Medina le ofreció pensión completa vitalicia a cambio de los terrenos. Pero la controversia entre lo prometido y desvelado no cesa, lo que sirve de detonante para unos diálogos memorables por el ingenio popular que exhiben los contendientes. El narrador de tales lances con ribetes de farsa es el nieto de Medina, acompañado de Daniel su primo. Hernández es un narrador sosegado, que se toma su tiempo, impertérrito ante las situaciones más climáticas, y así transcurre esta historia de tiempos perdidos, en una atmósfera en la que resuena lo «real maravillo-

so», tal vez porque Cádiz y su departamento es la provincia que más se nos asoma al Nuevo Mundo. Me refiero al pasaje de los infaustos amores de tía Jacinta con el navarro don Fernando. Momentos culminantes por su tensión narrativa son cuando el poeta Carlos Reyes (a ver quién puede ser, en el pueblo andaluz de mayor densidad de poetas por metro cuadrado; es, claro está, una invención) plagia en Semana Santa, a maravilla, nada menos que las 'Letanías de Nuestro Señor don Quijote' de Darío, o la enternecedora historia de la viuda del corredor de comercio, quien recibe tales atenciones a la muerte de éste en la fonda que decide volver, empobrecida, para servir en ella.

Y sin embargo, no estamos ante un simple cómputo de anécdotas con sabor de época, hilarantes muchas, ingeniosas todas, sino ante la alegoría de los sueños que supone a los ojos del adolescente narrador el tema universal de la búsqueda del tesoro, que en lo moral no es otra cosa que el aprendizaje de la vida; tal pesquisa infructuosa evidencia el contraste brutal entre la ilusión y el desamparo, las luces del ideal y las sombras de la ambición. Es por lo que, al quedar al descubierto el supuesto tesoro tras el corrimiento de tierras luego de una tempestad, la alegoría cristaliza en la intervención azarosa de la casualidad o el destino. Tantos desvelos, para que el tesoro por sí mismo aflorara.

Es por ello que el ruido de la farsa, plasmada con despilfarro tal de imaginación y ensueño, no empee su verdad profunda: las gentes seguimos debatiéndonos en la cueva de Platón, intentando palpar las cosas en lo que sólo es su reflejo. Después de todo, vivir en la utopía es el único consuelo del aplastado por la evidencia.